

El problema de la operacionalización en psicoanálisis. El caso particular de la “pulsión de muerte”.

Messina, Diego.

Cita:

Messina, Diego (2025). *El problema de la operacionalización en psicoanálisis. El caso particular de la “pulsión de muerte”*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/384>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/60D>

EL PROBLEMA DE LA OPERACIONALIZACIÓN EN PSICOANÁLISIS. EL CASO PARTICULAR DE LA “PULSIÓN DE MUERTE”

Messina, Diego

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el presente trabajo se pretende profundizar en el problema de la operacionalización en psicoanálisis partiendo de una comparación entre las definiciones cuantitativa y cualitativa de dicho procedimiento. Luego de exemplificar con el caso particular del concepto freudiano de pulsión de muerte se concluye que no todo concepto puede (ni debe) ser operacionalizado de manera cuantitativa sin pérdida o distorsión de su sentido, por lo que se abre la necesidad de pensar otras formas de trabajar con esos conceptos en la investigación; no se trata de desecharlos, sino de tratar con ellos de otro modo. La operacionalización cualitativa consiste en mostrar cómo opera un concepto sin vaciarlo de su complejidad. En el caso del concepto de pulsión de muerte, el mismo tiene un estatus hipotético, cuya realidad se sitúa en el campo de lo estructural y no de lo fenoménico, y su validez está en su potencia explicativa y clínica. Un concepto de este tipo se verifica en la potencia de lectura que permite y no en su constatación empírica.

Palabras clave

Operacionalización - Psicoanálisis - Pulsión de muerte

ABSTRACT

THE PROBLEM OF OPERATIONALIZATION IN PSYCHOANALYSIS.

THE PARTICULAR CASE OF THE “DEATH DRIVE”

This paper aims to delve deeper into the problem of operationalization in psychoanalysis by comparing the quantitative and qualitative definitions of this procedure. After illustrating this with the specific case of Freud's concept of the death drive, it is concluded that not every concept can (or should) be operationalized quantitatively without losing or distorting its meaning. Therefore, it is necessary to consider other ways of working with these concepts in research. It is not a question of discarding them, but of dealing with them differently. Qualitative operationalization consists of showing how a concept operates without stripping it of its complexity. In the case of the concept of the death drive, it has a hypothetical status, whose reality is situated in the structural rather than the phenomenological realm, and its validity lies in its explanatory and clinical power. A concept of this type is verified by the power of interpretation it allows, not by its empirical verification.

Keywords

Operationalization - Psychoanalysis - Death drive

OPERACIONALIZACIÓN CUANTITATIVA

La forma tradicional de comprender el proceso de operacionalización proviene de las perspectivas del positivismo lógico y de la metodología cuantitativa, ampliamente asumidas por el campo de las ciencias empíricas (naturales o sociales). Desde este enfoque la operacionalización se caracteriza por ser el proceso mediante el cual se transforman conceptos abstractos o teóricos en variables observables y medibles, a través de la definición de operaciones concretas: “*tornar observable* aquello conceptual a lo que remite la variable y, consecuentemente, a la manera de *captar* eso observable [...] acciones destinadas a expresar empíricamente la variable” (Ynoub, R., 2014, p.249). Por lo tanto, la finalidad apunta a la *reducción de la abstracción*, partiendo de conceptos teóricos como pueden ser “ansiedad”, “inteligencia”, “represión”, los cuales no son directamente observables.

Mediante una definición operacional se le asigna a dicho concepto una forma – u operación – de medición; por ejemplo, el concepto de “ansiedad” puede medirse a través de algunos de los inventarios que se crearon para intentar cuantificarla, como lo es el caso del *Inventario de Ansiedad de Beck (BAI)*[i], aunque también podría cumplirse con el mismo objetivo por medio de la medición de la frecuencia cardíaca de la persona (tomando en cuenta un único ítem de dicho cuestionario como representativo del estado ansioso).

Al realizar una operacionalización se produce una *vinculación del concepto con variables*; es decir, se convierte el concepto en una variable operativa que puede manipularse, observarse o correlacionarse con otras. Para la realización de dicho procedimiento es importante introducir la noción de indicador. Los indicadores son:

[...] los procedimientos que se aplican sobre algún aspecto de la unidad de análisis para determinar el valor que le corresponde en cierta variable [...] tienen precisamente esa función: conectar el mundo inteligible con el mundo sensible, lo empírico con la teoría. (op.cit., p.230)

Como se dijo recién, la medición empírica se efectúa mediante la aplicación de instrumentos, escalas o registros que permiten cuantificar la variable, siendo el objetivo de todo este procedimiento el que las definiciones operacionales permitan reproducir y replicar específicamente los resultados, dándole a la investigación un marco de mayor objetividad.

Para ver otro ejemplo, supongamos que deseamos indagar los niveles de estrés laboral en una determinada empresa. Como definición conceptual podemos proponer que el “estrés laboral” sería el conjunto de “las nocivas reacciones físicas y emocionales que ocurren cuando las exigencias del trabajo no igualan las capacidades, los recursos o las necesidades del trabajador” (de acuerdo con la Comisión Europea de Seguridad y Salud en el Trabajo)[ii]. Ahora bien, su definición operacional puede ser “la puntuación obtenida en el Cuestionario de Estrés Laboral (JSS) por los empleados de cada uno de los sectores de la empresa”. Por lo tanto, la acción de medición consistiría en la aplicación del formulario a un cierto número X de trabajadores (la muestra). Esta forma tradicional de realizar el proceso de operacionalización ha sido muy influyente en disciplinas como la psicología experimental, la sociología cuantitativa y las ciencias de la salud. Este enfoque positivista-cuantitativo se puede ver concretado en prácticas como la psicometría, y se trata de la orientación hegemónica a la hora de pensar la metodología en el caso de las ciencias naturales. Desde esta perspectiva el objeto de conocimiento son las variables objetivas observables y medidas, y por eso mismo su finalidad consiste en transformar conceptos abstractos en indicadores empíricos replicables. Sus supuestos epistemológicos – inspirados en los postulados de Auguste Comte de 1844 – son: 1) que la realidad es externa y objetiva, 2) que el investigador debe mantener su neutralidad, y 3) que el único conocimiento válido es el que puede verificarse empíricamente.[iii]

De más está decir que esta forma de proceder tiene sus ventajas, como el permitir comparaciones, la realización de mediciones precisas, la replicabilidad de las experiencias, y sobre todo la facilitación del análisis estadístico de los datos.

OPERACIONALIZACIÓN CUALITATIVA

Los enfoques críticos o cualitativos – muchas veces denominados interpretativos, constructivistas o hermenéuticos – tienen su origen en la fenomenología hermenéutica, el constructivismo, la teoría crítica y la etnografía. El objeto de conocimiento para esta perspectiva ya no tendría que ver con las variables observables y medibles (definidas como “objetivas”) sino *los significados, las experiencias subjetivas, los discursos y las prácticas sociales*. Juan Samaja nos brinda el siguiente panorama:

La evaluación de las cantidades (medidas en sentido restringido) ocupó así el centro de la escena en la configuración de la idea de científicidad. Medir cantidades, fue el resultado del

desplazamiento de otras nociones de objetividad (como evaluación de cualidades y de pautas) y concluyó representando la esencia misma de la noción de “objetividad” [...] este triunfo sobre sus dimensiones complementarias contuvo, como en toda dialéctica, las propias premisas de su destrucción. Esta “objetividad” produjo una reacción generalizada en su contra, haciéndose merecedora de las críticas más severas [...] produce un desconocimiento trágico de la “subjetividad”; reifica todo lo que toca; es inútil para evaluar estructuras o pautas; disuelve el vínculo entre el objeto y el contexto [...] vacía a las cosas de sus significados para los sujetos[iv]. (2012, p.366)

A partir de esto último, entendemos que la finalidad en este tipo de investigaciones consistirá en *comprender cómo los objetos construyen sentido y cómo los conceptos operan en contextos concretos*. Los supuestos epistemológicos con los que se maneja son – dialécticamente – opuestos a los del enfoque tratado en primer lugar: 1) la realidad es construida socialmente, 2) el investigador participa en la producción del conocimiento, y 3) la medición no es siempre adecuada ni deseable, sino que lo importante es la comprensión profunda y la no generalización estadística. Los defensores de este enfoque critican a la operacionalización tradicional por su reduccionismo, ya que convierte fenómenos complejos en datos cuantificados sufriendo de este modo una pérdida concomitante del sentido de los conceptos al dejar de representar la riqueza de la experiencia humana que pretenden.[v] En resumen, el enfoque tradicional es parte de una epistemología positivista, cuyo método es cuantitativo y siendo su técnica principal la medición; su objetivo es explicar y predecir, mientras que el rol del investigador es neutral y externo. En cambio, en un enfoque cualitativo, la epistemología es constructivista y hermenéutica; los métodos son cualitativos y la técnica principal es la interpretación, siendo el objetivo comprender y contextualizar, mientras que el rol del investigador es participante y reflexivo. Los enfoques cualitativos no niegan necesariamente la importancia de definir conceptos, pero se resisten a su simplificación numérica, proponiendo que *no todo lo significativo es medible y que entender un fenómeno requiere también atender su contexto, su historia y su significación subjetiva*. Con respecto a esto, Roxana Ynoub nos recuerda que “el concepto de dato [científico] no se reduce ni coincide (al menos de manera necesaria) con la de información numérica o cuantitativa” (2014, p.234).

EL PROBLEMA DE LA OPERACIONALIZACIÓN EN PSICOANÁLISIS

¿Cómo averiguar el modo en que un concepto “opera” en un contexto concreto cuando lo único posible de definir de manera empírica es dicho contexto, mientras que el concepto conserva su definición teórica y abstracta? Esta pregunta apunta a un problema epistemológico que toca el núcleo de los debates entre teoría y empiria, entre universalidad conceptual y singularidad

contextual, teniendo una enorme importancia en el campo de las investigaciones en psicoanálisis.

Podemos comenzar diciendo que cuando un concepto abstracto, por ejemplo “deseo”, “inconsciente” o “pulsión de muerte”, se mantiene teóricamente definido, pero no puede estar directamente operacionalizado *sin traicionar su densidad o complejidad teóricas*, entonces la investigación debe cambiar el enfoque, a saber: ya no se tratará de medir el concepto sino de averiguar cómo opera o se encarna en un contexto concreto; es decir, cómo se manifiesta, cómo se traduce, cómo se resignifica o cómo produce efectos en la realidad. En estos casos se examinará cómo el concepto aparece, circula o se pone en juego, por ejemplo, en los discursos de los sujetos o en los textos, seleccionando un caso, persona, grupo o institución en el cual el concepto tiene relevancia, analizando cómo el mismo se manifiesta allí. Por ejemplo, podríamos analizar un caso clínico para explorar cómo opera la pulsión de muerte en un determinado paciente sin definir el concepto en términos medibles sino a través del relato, del síntoma o del acto, tal como lo hace Hanna Segal en un simposio organizado en Marsella en 1984 por la Federación Europea de Psicoanálisis:

Pienso en este momento en una mujer joven, A, inteligente, sensible, «perceptiva», capaz de afecto. Ella es sin embargo muy frágil. Su vida ha sido, en cierto modo, una tortura constante. Estaba perturbada por profundos sentimientos de persecución, sujeta a sentimientos persecutorios y torturantes de culpabilidad, y presentaba toda una gama de síntomas psicosomáticos y de terrores hipocondríacos que cambiaban constantemente. Estaba muy inhibida, y no llegaba a volver constructiva su agresividad hacia el exterior. Sus fantasmas y reacciones emocionales a todo estímulo de privación afectiva, de angustia, de celos o de envidia eran de una violencia extrema. «Quiero que él muera. Deseo matarlos a todos», etc. Se trataba de una reacción casi inmediata a cualquier inquietud, experimentada con violencia y autenticidad. Pero, más aún, había una violencia constante dirigida contra sí misma. Estaba realmente muy cerca de creer que el único medio inmediato de curar el más leve dolor de cabeza era cortarse la cabeza. Tenía constantemente el deseo de deshacerse de sus miembros, de sus órganos, en particular de su vagina, para no experimentar percepción o pulsión que pudieran provocarle frustración o angustia. (2020, pp.37-8)

Por lo tanto, la clave epistemológica consiste en que no se trata de reducir el concepto al contexto sino de leer el contexto a la luz del concepto y a la vez dejar que el contexto interpele al concepto. *Esto exige una lógica abductiva, no induktiva ni deductiva: el concepto orienta la mirada, pero se deja transformar por lo que encuentra.* Dice Ynoub:

[...] las inferencias que vinculan al indicador con la variable no son ni la deducción ni la inducción, sino la abducción y la analogía [...] se postula una semejanza de estructura entre las

clasificaciones de uno y otra, lo que permite establecer algún tipo de analogía entre indicador y variable [...] se realiza una *abducción* cada vez que se infiere el valor que le corresponde a una unidad de análisis, a partir del valor que le corresponde en el indicador: si presenta cierto *rasgo* [...] entonces se trata de cierto *caso*. (2014, p.252)

En el ejemplo que dimos recién de analizar un caso clínico para explorar cómo opera la pulsión de muerte a través 1) del relato del paciente, 2) de la observación de sus actos, y 3) en la presentación de los síntomas. Lo único que no hacemos es no definir dicho concepto en términos cuantitativos, pero *sí hay que explicitar elementos observables que lo representen*. Por lo tanto, aunque el concepto teórico no se traduzca en variables cuantificables, es necesario “hacerlo operativo” en términos cualitativos, es decir, reconocer en qué signos, manifestaciones o formaciones presentes en el caso dicho concepto actúa o se encarna.

En este momento estamos hablando de una operacionalización no cuantitativa o, si se quiere, una forma interpretativa de hacer operativa una teoría. Entonces, ¿qué significa hacer operativo un concepto teórico sin reducirlo a una variable? En pocas palabras significa mantener la densidad teórica del concepto, pero a la vez estamos obligados a identificar indicadores cualitativos o signos clínicos que permitan decir algo acerca de la lógica que está operando.

EL CASO DEL CONCEPTO PSICOANALÍTICO DE “PULSIÓN DE MUERTE”

En el caso del concepto de “pulsión de muerte” ¿qué elementos observables se pueden explicitar en un análisis clínico? En este caso podríamos trabajar señalando “conductas repetitivas auto-destructivas sin finalidad de goce aparente”, “relato clínico cargado de significantes ligados a la ruina, el vacío o a la pérdida de sentido”, “actos que sabotean toda posibilidad de placer o de reparación”, “puesta en acto de goces mortíferos en el cuerpo, por ejemplo bajo la forma de adicciones, automutilación”, y por último el hecho señalado por el mismo Freud como “el retorno compulsivo de escenas traumáticas sin tramitación simbólica”. Todos estos elementos no tienen como finalidad medir la pulsión de muerte, pero sí permiten afirmar que hay un modo singular en que este concepto está operando en un determinado sujeto. Esto requiere de un tipo especial de lógica, a saber, una lógica clínica, la cual como dijimos anteriormente no es ni deductiva – ya que no se aplica el concepto de modo mecánico – ni induktiva – porque no se generaliza desde los datos – sino que es interpretativa, estructural y abductiva, es decir busca signos (rasgos) que tengan sentido a la luz del concepto y que a su vez transformen la comprensión del mismo.

En resumen, sí podemos establecer en el caso del concepto psicoanalítico de “pulsión de muerte” elementos observables que refieren a ella, pero dicha definición operacional no tiene como

finalidad su medición como lo exigiría el paradigma cuantitativo. Se tratan de significantes, actos, escenas, formaciones del inconsciente que se analizan en relación con el marco teórico propio del psicoanálisis. Como se mencionó anteriormente, *la operacionalización cualitativa consiste en mostrar cómo opera un concepto sin vaciarlo de su complejidad*.

Pero cabe destacar lo siguiente: si bien las conductas repetitivas, el uso de significantes ligados a la ruina o al vacío, los autosaboteos, las distintas resistencias, la reacción terapéutica negativa, etc., pueden ser considerados y establecidos como signos empíricos coherentes con la definición teórica de “pulsión de muerte”, ninguno de estos signos permite demostrar la existencia real de dicha pulsión. Los signos observables mediante los cuales podríamos definir operacionalmente el concepto de “pulsión de muerte” no prueban la existencia de dicha pulsión, sino que lo que hacen es *soportar su construcción teórica en tanto hipótesis explicativa, y no en tanto entidad empírica comprobable*.

Entonces, ¿qué tipo de existencia tiene la pulsión de muerte? Evidentemente no es empírica, como lo sería un objeto que se puede ver o medir, sino epistemológica y sobre todo clínica. Se trata de un concepto estructurante que permite dar cuenta de fenómenos que no se explican por otras vías.

El concepto de pulsión de muerte tiene una función interpretativa y no demostrativa, ya que su realidad no es observable en sí misma, sino en sus efectos y en las paradojas clínicas que organizan, descriptas por Freud como perteneciendo al más allá del principio del placer.

Cuando Freud introduce la pulsión de muerte en su célebre texto de 1920 no lo hace como un descubrimiento empírico, sino como una *hipótesis de trabajo* que se impone por necesidad teórica ante ciertos fenómenos clínicos y repetitivos que no se explican por el paradigma psicoanalítico del principio del placer. Freud mismo dice que estas consideraciones nos fuerzan a suponer la existencia de una pulsión de muerte, aunque ésta no sea directamente observable: se trata de una especulación “que cada cual estimará o desdeñará de acuerdo con su posición subjetiva” (1992, p.24).

Entonces, ¿qué hace un analista o un investigador psicoanalítico en este caso? No busca verificar la pulsión de muerte, sino dar cuenta de ciertos fenómenos clínicos mediante el marco conceptual novedoso que la misma permite construir.

Freud reconoce que el concepto de pulsión de muerte tiene un *estatus hipotético*, que *su realidad se sitúa en el campo de lo estructural y no de lo fenoménico*, y que *su validez está en su potencia explicativa y clínica*. Este concepto se verifica en la potencia de lectura que permite y no en su constatación empírica. La pulsión de muerte no se observa, no se mide, pero permite pensar lo que la teoría del placer no puede explicar y por lo tanto tiene una función reguladora e incluso heurística, como lo puede tener, por ejemplo, el inconsciente estructurado en un lenguaje, el objeto a, o incluso, en el caso de la física, la materia oscura.

EPISTEMOLOGÍA “AL LÍMITE”

Postular este tipo de conceptos no pertenece exclusivamente a un solo autor, pero ha sido desarrollada en profundidad por varios pensadores, especialmente en los campos de la filosofía, la epistemología y la teoría del conocimiento.

Podríamos iniciar el listado con Immanuel Kant, quien en su *Critica de la razón pura* (1781) introduce lo que llama “conceptos de la razón pura” – alma, mundo, Dios – que no pueden ser objeto de experiencia posible, pero que cumplen una función reguladora del pensamiento: “su realidad objetiva se funda únicamente en que, constituyendo la forma intelectual de toda experiencia, es preciso siempre que puedan mostrar su aplicación en la experiencia” (2010, p.285)

La teoría kantiana acerca de los límites del conocimiento humano es un buen punto de partida, ya que para Kant estas ideas son necesarias para orientar el pensamiento, aunque no pueden ser demostradas ni ajustadas empíricamente. Pero en el siglo XX tenemos autores que continúan con esta tradición como lo son Gaston Bachelard y Thomas Kuhn.

En *La formación del espíritu científico* (1938), Gaston Bachelard habla de los obstáculos epistemológicos y de la necesidad de transformar los conceptos cuando se enfrentan con los límites de la experiencia. Bachelard introduce la idea de que ciertos conceptos funcionan como instrumentos para pensar lo que no es inmediatamente accesible a la percepción, aclarando la función de los mismos en la dinámica de la construcción de conocimientos científicos. Los distintos objetos de la ciencia son objetos pensados, y cuando los mismos responden a algún tipo de “observación” siempre se trata de una observación instruida por alguna teoría y orientada por algún problema. Dice el autor: “nos interesa oponernos claramente a esa filosofía fácil que se apoya sobre un sensualismo más o menos franco [...] que pretende recibir directamente sus lecciones de un *dato* claro, limpio, seguro, constante, siempre ofreciéndose a un espíritu siempre abierto” (1979, p.27). Y más adelante afirma con respecto a los obstáculos del conocimiento cuantitativo:

Un conocimiento objetivo inmediato, por el hecho mismo de ser cualitativo, es necesariamente falaz. Aporta un error que ha de rectificarse. Carga fatalmente al objeto con impresiones subjetivas; habrá, pues, que descargar el conocimiento objetivo; habrá que psicoanalizarlo. Un conocimiento inmediato es, en principio, subjetivo. Apropiándose de la realidad como de un bien, proporciona certidumbres prematuras que traban, más que ayudan, al conocimiento objetivo [...] nos engañaríamos si pensáramos que un conocimiento *cuantitativo* escapa en principio al peligro del conocimiento cualitativo. La *magnitud* no es objetiva automáticamente [...] el *objeto científico* es siempre un objeto *nuevo*. (op.cit., p.248)

Thomas Kuhn, en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), introduce su idea de paradigma y con él la noción de que hay conceptos que organizan la investigación posible hasta que se vuelven insuficientes. Las anomalías que no encajan en el paradigma pueden requerir de la creación de nuevos conceptos. Dice Kuhn:

La ciencia normal no pretende encontrar novedades de hechos o de teorías, y cuando tiene éxito, no las encuentra. Sin embargo, la investigación científica descubre reiteradamente fenómenos nuevos e inesperados, y los científicos inventan una y otra vez teorías radicalmente nuevas [...] [Por lo tanto] es preciso que la investigación que sigue un paradigma sea un modo especialmente efectivo de inducir cambios paradigmáticos, pues a eso es a lo que dan lugar las novedades empíricas y teóricas fundamentales. (2004, p.102)

En el campo de las llamadas ciencias “duras” – física, cosmología – se utilizan frecuentemente conceptos para referirse a ideas teóricas como pueden ser la materia oscura, la energía oscura, el infinito, la singularidad, el vacío cuántico, etc. En estos casos, los conceptos no tienen una observación directa sino que se postulan por su necesidad teórica; es decir, *su existencia es efecto de un marco explicativo*.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Retomando el tema del principio, se entiende que existen diferentes formas de entender y de aplicar el proceso de operacionalización. El grado de consenso acerca del mismo depende del marco epistemológico y del campo científico específico al que pertenece el investigador. En ciencias sociales (y más aún en disciplinas como el psicoanálisis), la operacionalización suele ser problemática y debatida, lo cual debemos considerarlo como siendo parte de su riqueza. Pero si desde la filosofía crítica y la hermenéutica se cuestiona la posibilidad de operacionalizar todo concepto, entonces ¿qué correspondería hacer en esos casos? Para estas posturas más críticas o disidentes, no todo concepto puede (ni debe) ser operacionalizado sin pérdida o distorsión de su sentido, entonces se abre la necesidad de pensar otras formas de trabajar con esos conceptos en la investigación. No se trata de desecharlos, sino de tratar con ellos de otro modo. Se puede efectuar un trabajo conceptual y analítico riguroso, pero en lugar de traducir el concepto en indicadores empírico-cuantitativos, se lo problematiza, contextualiza y analiza en su complejidad. Se explora su historia conceptual, su uso en distintos marcos teóricos, sus tensiones internas. Esto es típico en los trabajos filosóficos, psicoanalíticos, teórico-críticos. Por ejemplo, en lugar de medir la “pulsión de muerte”, se investiga cómo Freud la introduce, qué tensiones genera en su teoría, cómo la retoman o critican autores posteriores, etc.

En investigaciones cualitativas de tipo hermenéutico o interpretativo, se trabaja el concepto a través del análisis de textos, discursos, prácticas o narrativas. En lugar de medir, se interpreta: ¿cómo se manifiesta un concepto como “violencia simbólica” en relatos de vida? o ¿cómo se articula el “deseo” en un discurso clínico? Es un caso en donde el concepto guía la lectura, no se convierte en variable.

Utilizar *el concepto como operador teórico* significa que en lugar de buscar “representar” empíricamente el concepto, se lo usa como herramienta para leer, interrogar o problematizar lo empírico, lo cual es típico en teorías críticas y clínicas. Por ejemplo: utilizar el concepto de pulsión de muerte para analizar dinámicas autodestructivas en instituciones, sin pretender cuantificarlas. En estos enfoques el investigador no oculta su marco teórico ni pretende neutralidad, sino que explica cómo el concepto organiza su mirada, qué supuestos conlleva, qué límites tiene, y se trabaja con la ambigüedad en vez de eliminarla.

En síntesis, cuando un concepto no es operacionalizable sin pérdida esencial, lo que corresponde no es abandonarlo, sino ajustar el enfoque metodológico: cambiar el modo en que se lo trabaja; no reducirlo sino pensarlo, desplegarlo, ponerlo en juego; reconocer su dimensión crítica o heurística, más que su capacidad para ser medido. Esto se vuelve clave en áreas como el psicoanálisis, donde el valor de los conceptos no está en su capacidad de ser medidos, sino en su poder para abrir sentido y desestabilizar lo dado.

En el caso de la pulsión de muerte, su valor es crítico y estructurante del pensamiento clínico, por lo que pretender medirla lo vaciaría de sentido. Si bien para Freud la pulsión de muerte es un concepto producto de una especulación, él mismo jamás ocultó los hechos concretos y observables que lo inspiraron. Freud reconoce abiertamente que la pulsión de muerte es una hipótesis especulativa, pero no la presenta como una construcción arbitraria o desvinculada de lo empírico. Por lo contrario, la introduce como una respuesta teórica ante ciertos fenómenos clínicos que le resultaban difíciles de explicar con los recursos conceptuales disponibles hasta entonces.

Por lo tanto, aquí el problema es la imposibilidad de observar, no sólo de medir. Sin embargo, esto no implica que la teoría sea gratuita o infundada. Freud formula la pulsión de muerte para dar cuenta de una serie de fenómenos persistentes y repetitivos que no encajaban en el marco explicativo anterior centrado en el principio del placer (1992).

Entonces, ¿qué tipo de relación hay entre teoría y observación? No se trata de una relación operacionalizable en el sentido clásico, pero sí de una relación rigurosa entre experiencia clínica y elaboración teórica. Freud no parte de lo observable para medir la pulsión, sino que parte de lo observable para pensarla, para formular una hipótesis que oriente la comprensión del sufrimiento psíquico.

En resumen:

- La pulsión de muerte es un concepto que nace de la experiencia clínica, pero cuyo estatuto no es empírico sino estructural y metapsicológico.
- Freud no abandona la observación, sino que la radicaliza, llevando al pensamiento a formular una lógica que no se deja capturar por la economía del placer.
- No es que no haya una relación entre teoría y realidad, sino que dicha relación no puede pensarse en términos de simple medición o verificación experimental.
- Un intento de operacionalizar los conceptos psicoanalíticos de un modo clásico o tradicional puede ser criticado por apuntar a una psicologización o a una cuantificación impropia para dichos conceptos.

Concluimos con una pregunta: ¿Acaso los posfreudianos más críticos del concepto de pulsión de muerte se fundamentaron en la imposibilidad de operacionalizar dicho concepto de una manera clásica o tradicional para rechazarlo ya sea parcial o totalmente de sus desarrollos?

NOTAS

[i] El cuestionario consta de 21 preguntas, proporcionando un rango de puntuación entre 0 y 63. Los puntos de corte sugeridos para interpretar el resultado obtenido son los siguientes:

- 00–21 - Ansiedad muy baja
- 22–35 - Ansiedad moderada
- más de 36 - Ansiedad severa

En el cuestionario hay una lista de síntomas comunes de la ansiedad, como por ejemplo “temblor en las piernas”, “temor a que ocurra lo peor”, “latidos del corazón fuertes y acelerados”, “sensación de ahogo”, etc.

[ii] Rodríguez Carvajal, R. y de Rivas Hermosilla, S. (2011). Los procesos de estrés laboral y desgaste profesional (*burnout*): diferenciación, actualización y líneas de intervención. En *Medicina y Seguridad del Trabajo*, 57, suplemento 1, pp.72-88.

[iii] Comte, A. (2017). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Alianza Editorial: Madrid.

[iv] Las bastardillas nos pertenecen.

[v] Siguiendo el primer ejemplo dado anteriormente, una alternativa de la operacionalización del concepto de “ansiedad” podría ser “indagar cómo una persona nombra, vive y explica su malestar en una entrevista abierta”.

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, G. (1979). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI: México.

Comte, A. (2017). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Alianza Editorial: Madrid.

Freud, S. (1992). Más allá del principio de placer (1920). En *Sigmund Freud Obras Completas*, tomo XIV, pp.105-134. Amorrortu Editores: Buenos Aires.

Greenwood, E. (1973). *Metodología de la investigación social*. Paidós: Buenos Aires.

Kant, I. (2010). *Crítica de la razón pura*. Aguilar: Colonia Suiza, Uruguay.

Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica: México.

Messina, D. (2023). Algunas consideraciones sobre las referencias biológicas de Freud en su texto «Más allá del principio de placer». En *Memorias del XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*, pp.535-9. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Rodríguez Carvajal, R. y de Rivas Hermosilla, S. (2011). Los procesos de estrés laboral y desgaste profesional (*burnout*): diferenciación, actualización y líneas de intervención. En *Medicina y Seguridad del Trabajo*, 57, suplemento 1, pp.72-88.

Samaja, J. (2012). Verdad objetiva y hermenéutica. En *Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, pp.361-392. Eudeba: Buenos Aires.

Segal, H. (2020). De la utilidad clínica del concepto de instinto de muerte. En *La pulsión de muerte*, pp.35-49. Amorrortu Editores: Buenos Aires.

Ynoub, R. (2014). Operaciones invariantes en el paso a la contrastación empírica. En *Cuestión de método. Aportes para una metodología crítica*. Tomo I, cap. VIII, pp.225-304. CENGAGE Learning: México.